



G. K. Chesterton

**LAS PARADOJAS
de MR. POND**



Las paradojas de Mr. Pond es una recopilación de novelas policiacas escritas por G. K. Chesterton, publicadas en 1937 poco después de su muerte.

Las historias giran en torno a un funcionario público llamado «Mr. Pond»; nunca se menciona su nombre de pila. Se le describe como un hombre normal y corriente con gran parecido a un pez. Tiene la costumbre de decir paradojas en medio de sus conversaciones causando que muchos lo crean demente. Según Sir Hubert Wotton (uno de los personajes), Mr. Pond no lo hace para sorprender a la gente, pues incluso parece que él no se da cuenta de lo extraño de sus discursos.

Cada paradoja esconde una aventura de la propia vida de Mr. Pond.

LOS TRES JINETES DEL APOCALIPSIS

La singular y a veces inquietante sensación que Mr. Pond me producía, pese a su reglada cortesía y elegante decoro, tal vez se vinculaba a algunos recuerdos de mi niñez... y a la vaga insinuación verbal de su nombre. Era un funcionario gubernamental, viejo amigo de mi padre; y barrunto que de algún modo mi infantil imaginación había mezclado el apellido de Mr. Pond con el estanque del jardín^[1]. A poco que se reflexionara sobre ello, Mr. Pond se asemejaba curiosamente al estanque del jardín. Durante la mayor parte del tiempo era igual de sereno, igual de límpido y claro, valga la expresión, en sus habituales reflejos de la tierra y el cielo y la hermosa luz del día. Y sin embargo yo sabía que en el estanque del jardín había algunas cosas raras. Una de cada cien veces, uno o dos días en todo el año, el estanque parecía enigmáticamente distinto; o su lisa tranquilidad era interrumpida por una sombra fugaz o un relámpago; y un pez o un sapo o alguna criatura más grotesca se mostraba al cielo. Y yo sabía que también en Mr. Pond había monstruos: monstruos mentales que emergían sólo un instante a la superficie y luego retornaban a las profundidades.

Se presentaban en forma de comentarios monstruosos en medio de su charla razonable e inofensiva. Algunos interlocutores pensaban que a la mitad de una conversación harto juiciosa se volvía loco de improviso. Pero asimismo no

tenían más remedio que admitir que de inmediato regresaba a la cordura.

Quizá, asimismo, esta absurda imaginación caló en mi infantil ánimo porque, en determinados momentos, la propia estampa de Mr. Pond era muy similar a la de un pez. Sus modales eran no sólo asaz corteses sino asaz convencionales; convencionales eran sus ademanes mismos, a excepción de su eventual gesto de tirarse de la puntiaguda barba, gesto que especialmente realizaba cuando por último lo obligaban a ser explícito respecto de alguna de sus sorprendentes afirmaciones peregrinas. En tales momentos solía avizorar cual un búho y mesarse la barba, lo cual producía la hilarante consecuencia de causar que se le abriera la boca, no menos que si se tratase de la boca de una marioneta manipulada mediante cabellos en vez de alambres. Este raro abrir y cerrar ocasional de la boca, sin que articulara palabra, presentaba una pasmosísima semejanza con los lentos movimientos de las boqueadas de un pez. Pero jamás se prolongaba más allá de unos segundos, durante los cuales, me figuro, Mr. Pond engullía el enojoso requerimiento de sus oyentes de que les aclarara qué diantres había querido significar.

Una tarde Mr. Pond conversaba harto juiciosamente con Sir Hubert Wotton, el conocido diplomático; estaban sentados en nuestro jardín bajo unos enormes toldos de rayas de alegres colores, a modo de parasoles gigantescos, mirando hacia el estanque con que yo lo había relacionado contumazmente. Por un acaso hablaban de una parte del mundo que ambos conocían mucho y que la inmensa mayoría de los habitantes de Europa Occidental conoce muy poco: las vastas tierras anegadizas y pantanosas de Pomerania y Polonia y Rusia y distritos limítrofes, las cuales se extienden, a la cuenta, hasta los desiertos siberianos. Y Mr. Pond recordó que, en una de esas zonas de profundas ciénagas cortadas por lagunas y lentos ríos, hay un estrecho camino único flanqueado por empinados terraplenes: una senda no peli-

grosa para el caminante, pero escasa para que la transiten dos jinetes lado a lado. Éste es el principio del relato.

Aconteció en una época no muy lejana, pero en la que aún se empleaban tropas de caballería, aunque ya más para correos que para combates. Baste decir que la acción se desarrolló en una de las muchas guerras que han devastado esa parte del mundo, si es que es posible devastar un desierto. Previsiblemente tal guerra concernía la opresión del estado prusiano sobre la nación polaca, pero, aparte este dato, sería disgresivo formular la política del conflicto o debatir ahora razones y sinrazones. Contentémonos con indicar, para nuestro esparcimiento, que Mr. Pond entretuvo a los oyentes con un enigma:

—Supongo que recordarán ustedes haber oído hablar —dijo Pond— de todo el revuelo desencadenado por Pawel Petrowski, el poeta cracoviano, quien hizo dos cosas bastante peligrosas en aquel tiempo: mudarse de Cracovia a Poznan e intentar ser simultáneamente poeta y patriota. En aquel momento la ciudad adonde se había mudado había sido tomada por los prusianos; se hallaba situada exactamente en el extremo oriental del largo camino flanqueado por terraplenes; como es lógico, el alto mando prusiano se había abalanzado a conquistar la cabeza de puente, de ese puente tan solitario sobre ese mar de ciénagas. Pero su cuartel general estaba en el extremo occidental del camino: el célebre mariscal Von Grock ostentaba el mando supremo; y los Húsares Blancos, el regimiento en que fuera soldado y que seguía siendo su regimiento predilecto, era el que estaba acampado junto al término occidental del alto camino largo. Excusado es decir que todo era impecable, aun los más ínfimos detalles de los espléndidos uniformes blancos, cruzados por un tahalí del color de la llama; pues esto era anterior a la generalización del empleo de los colores del barro y el lodo para todos los uniformes del mundo. No voy a censurarlos por aquello; a veces pienso que el extinguido tiempo de la heráldica era más hermoso que to-

do este tiempo nuestro del mimetismo que nos ha sido traído por la historia natural y el culto a los camaleones y escarabajos. Sea como fuere, este insigne regimiento de caballería prusiana usaba su uniforme peculiar... si bien, como ya verán ustedes, ése fue otro ingrediente del fiasco. Mas no sólo fueron los uniformes: fue la uniformidad. Todo fracasó porque la disciplina era excelente. Los soldados de Grock lo obedecieron demasiado bien; por eso no logró lo que se propuso.

—Sospecho que eso es una paradoja —dijo Wotton, exhalando un suspiro—. Resultará muy agudo y todo lo que usted quiera; pero realmente es un desatino, ¿o no? Oh, ya sé que de una manera generalizadora suele afirmarse que en el ejército germano hay una disciplina excesiva. Pero es imposible que haya un ejército en que disciplina alguna sea excesiva.

—Pero yo no lo afirmo de una manera generalizadora —dijo Pond en son de queja—. Lo afirmo de una manera particularizadora, ciñéndome a este caso particular. Grock fracasó porque sus soldados lo obedecieron. Ciertamente es que si lo hubiera obedecido *uno* de sus soldados, las cosas no habrían salido tan mal. Pero como lo obedecieron *dos*... caramba, en fin, pobre hombre, su plan se hizo trizas.

Wotton se rió guturalmente:

—Me encanta su novedosa teoría militar. Le parece bien la obediencia de un soldado en todo un regimiento; pero que sean dos los soldados que obedezcan, ya es un exceso de la disciplina teutónica.

—No ofrezco ninguna teoría militar. Me limito a hablar de un hecho militar —replicó Mr. Pond benignamente—. Es un hecho militar que Grock fracasó porque dos de sus soldados lo obedecieron. Es un hecho militar que habría triunfado si uno de ellos lo hubiera desobedecido. Encárguese usted de las teorías militares.

—No soy aficionado a las teorías —dijo Wotton con cierta sequedad, como ofendido por un pequeño insulto.

En ese momento apareció cruzando el frondoso césped la imponente y fanfarrona figura del capitán Gahagan, el inverosímil amigo y admirador del menudo Mr. Pond. Llevaba una fogosa malva en el ojal y un sombrero de copa gris sobre la roja cabellera; y, aunque era relativamente joven, su andar se caracterizaba por un donoso estilo que parecía salido de una pretérita época de dandis y duelistas. Erguido y recortado contra el sol, su elevada figura de anchas espaldas semejava la personificación de toda arrogancia. Sentado y de cara al sol, contradecían la anterior impresión sus suavísimos ojos castaños, de suyo tristes y aun un poco nerviosos.

Mr. Pond, interrumpiendo su monólogo, casi se deshizo en un torrente de disculpas:

—Mucho me temo que, como de costumbre, estoy hablando en demasía; el caso es que hablo de ese poeta, Petrowski, que estuvo a punto de ser ejecutado en Poznan, hace ya tiempo. Las autoridades militares destacadas en la ciudad vacilaban, y pensaban dejarlo en libertad si no recibían órdenes punitivas directas del mariscal Von Grock o de esferas aún más altas; pero el mariscal Von Grock estaba muy determinado a que el poeta muriera; y esa misma tarde envió la sentencia de ejecución. Después fue enviado un indulto; pero como ocurrió que el portador del indulto murió antes de llegar a su destino, el prisionero fue puesto en libertad.

—Pero como ocurrió que... —repitió maquinalmente Wotton.

—... El portador del *indulto*... —añadió Gahagan con algo de mordacidad.

—... Murió antes de llegar a su destino... —musitó Wotton.

—... Pues entonces, desde luego, el prisionero fue puesto en libertad —concluyó Gahagan con voz estentórea y jocosa—. Está más claro que el agua. Y ahora cuéntenos otro de tus cuentos, abuelete.

—Es un suceso estrictamente cierto —protestó Mr. Pond—, y aconteció exactamente como les he dicho. No se trata de ninguna paradoja ni nada por el estilo. Claro que si se ignoran los pormenores, todo esto puede parecer complicado.

—Sí —convino Gahagan—. Creo que necesitaré muchos detalles para comprender que esa historia es simple.

—Ande y nárrenosla de una vez —dijo Wotton, terminante.

Pawel Petrowski era uno de esos hombres nada prácticos que son de extraordinaria importancia en la política práctica. Su importancia radicaba en que era poeta nacional pero cantor internacional. Vale decir, acertaba a tener una voz bella y poderosa con la cual entonaba sus patrióticos cantos en todos los auditorios de medio mundo. En su propio país, naturalmente, era una tea y un clarín de esperanzas sublevacionistas, máxime entonces, durante una crisis internacional de ésas en que el lugar de los prácticos políticos es ocupado por hombres mucho más o mucho menos prácticos. Pues el auténtico idealista y el auténtico realista tienen en común, cuando menos, el amor por la acción. Y el político práctico vive de formular objeciones prácticas contra cualquier acción. La obra del idealista podrá ser impracticable, e inescrupulosa la del hombre de acción; pero en ninguno de los dos casos puede un hombre haber adquirido su reputación por no hacer nada. Tiene gracia que cada una de las dos tipologías extremas estuviera en cada uno de los extremos de aquel camino largo entre los pantanos: a un extremo, el poeta polaco, prisionero en la ciudad; al otro, el militar prusiano, presidiendo el campamento.

Pues es que el mariscal Von Grock era todo un prusiano, no sólo cabalmente práctico sino además cabalmente prosaico. Jamás había leído un poema; pero no era un lerdo. Poseía ese sentido de la realidad característico de los mili-

tares; y tal sentido lo privaba de incurrir en el error asnal de los políticos prácticos. No se mofaba de la fantasía: se limitaba a aborrecerla. No ignoraba que un poeta, o un profeta, podía ser tan peligroso como una milicia entera. Y había decidido la muerte del poeta. Era su único reconocimiento a la poesía, pero era sincero.

En ese momento estaba sentado a una mesa, en su tienda de campaña; junto a él descansaba el casco con punta de acero que siempre se ponía en público; y su maciza cabeza parecía de todo punto calva, aunque sólo era que estaba esmeradamente rapada. También la cara entera estaba afeitada; conque nada la recubría, salvo unos lentes de alta graduación, que bastaban a infundir un aire enigmático a la faz pesada y caída. Se volvió hacia un teniente que, a su vera, estaba en posición de firmes: un germano de los de cabello pálido y rostro tirando a romo, cuyos redondos ojos azules carecían de cualquier vivacidad.

—Teniente Von Hocheimer —lo interpelló—, ¿ha dicho usted que esta tarde Su Alteza visitará este campamento?

—A las siete y cuarenta y cinco, mi mariscal —contestó el teniente, que parecía poco dado a hablar, cual un animal grande que apenas dominara tal destreza.

—En tal caso estoy aún a tiempo —dijo Grock— de mandarlo a usted con la sentencia de muerte, antes de que Su Alteza se presente aquí. Debemos servir a Su Alteza de todas las formas, pero especialmente ahorrándole molestias innecesarias. Ya las tendrá de sobra con pasar revista a la tropa; cerciórese de que todo se pondrá a disposición de Su Alteza. Una hora después Su Alteza partirá para visitar el siguiente puesto avanzado.

El masivo teniente ofreció tenues signos de vida realizando un amago de venia:

—Desde luego, mi mariscal, todos debemos obedecer a Su Alteza.

—Lo que he dicho es que todos debemos servir a Su Alteza —repuso el mariscal.

Con un movimiento más brusco de lo que era su costumbre, se quitó los gruesos lentes y los arrojó sobre la mesa. Si los estólidos ojos azules del teniente hubieran sido perspicaces, y además les hubiera sido dable redondearse más, se habrían abierto de hito en hito ante la transformación operada merced a aquel gesto. Fue como la remoción de una máscara de hierro. Un momento atrás, el mariscal Von Grock se parecía extraordinariamente a un rinoceronte, con sus pesados pliegues de coriácea mejilla y mandíbula. Ahora era otra distinta clase de monstruo: un rinoceronte con ojos de águila. A casi cualquier espectador el frío resplandor de esos ojos viejos le habría sugerido que en el mariscal había algo que era no solamente macizo: que, por lo menos, en él había algo acerado y no meramente férreo. Pues todos los hombres viven por un espíritu, aunque sea un espíritu malvado o un espíritu tan ajeno a la comunidad de hombres cristianos que apenas si éstos sabrían decir si es bondadoso o malvado.

—Lo que he dicho es que todos debemos servir a Su Alteza —reiteró Grock—. Hablaré con más claridad y diré que todos debemos salvar a Su Alteza. Para nuestros reyes, ¿no es ya suficiente con ser nuestros dioses?, ¿acaso no ha de bastarles con que otros los sirvan y los salven? Somos nosotros los que deben servir y salvar.

Rara vez el mariscal Von Grock hablaba, o siquiera discurría, en el sentido en que entienden el discurso las personas intelectuales. Y normalmente se verá que, cuando los hombres como él llegan a discurrir en voz alta, prefieren hacerlo dirigiéndole las palabras a su perro. Inclusive hallan cierto deleite paternalista en ostentar ante el perro vocablos elegantes y razonamientos especiosos. Sería injusto equiparar al teniente Von Hocheimer con un perro. Sería injusto para el perro, que es una criatura sensitiva y espabilada. Sería más exacto decir que Grock, en este infrecuente momento reflexivo, experimentaba la comodidad y la tran-

quilidad de sentirse como si reflexionase en voz alta ante una vaca o una berza.

—Una y otra vez, en la historia de nuestra Casa Real, ha sido el sirviente quien ha salvado al señor —prosiguió Grock—, y casi siempre sin alcanzar más recompensa que sinsabores, al menos por parte de la opinión pública, que siempre esgrime sentimentalismos contra lo eficaz y lo contundente. Pero, así y todo, los sirvientes hemos sido eficaces y hemos sido contundentes. Reprobaron a Bismarck por engañar a su mismísimo señor en lo del telegrama de Ems; pero aquello convirtió a su señor en amo del mundo. París fue capturada, Austria fue destronada, y nuestra nación quedó a salvo. Esta noche Pawel Petrowski habrá muerto, y nuevamente quedaremos a salvo. Por eso lo envió a usted con esta inmediata sentencia de muerte. ¿Comprende que llevará la orden para la ejecución urgente de Petrowski y que no deberá regresar aquí hasta verla cumplida?

El inexpresivo Hocheimer asintió; aquel mandato lo comprendía muy bien. Y sí tenía algunas de las virtudes de un perro, al fin y a la postre: era valiente como un *bulldog* y podía ser leal hasta la muerte.

—Debe usted coger un caballo y partir sin tardanza —continuó Grock— y esmerarse en que nada lo demore o impida su misión. Sé a punto fijo que esta noche ese majadero de Arnheim pondrá en libertad a Petrowski a menos que reciba órdenes explícitas. Apresúrese.

Y el teniente asintió de nuevo y salió a la intemperie; y, tras montarse en uno de los soberbios corceles blancos que eran parte del esplendor de aquel regimiento esplendoroso, echó a galopar por el estrecho camino en lo alto de los terraplenes, casi como en el filo de una muralla, el largo camino que se adentraba en el sombrío horizonte, dominando los difusos contornos y tristes colores de aquellos inmensos pantanos.

Casi en cuanto hubo retumbado el último eco del caballo en el camino, Von Grock se incorporó y se puso el casco

y los lentes y salió fuera de la tienda de campaña... pero por otra razón diferente. Sus subordinados principales, con uniforme de gala, lo solicitaban ya; y, desde las profundas filas, se oían las saluciones de rigor y las voces de mando. Había llegado Su Alteza el Príncipe.

Su Alteza el Príncipe era, al menos en lo externo, algo así como un contraste con los hombres que ahora lo rodeaban... y aun en otras cosas era algo así como una excepción en su propio mundo. También él llevaba casco con punta de acero, pero de otro regimiento, negro con destellos de acero azul; y había algo entre incongruente y des-acostumbradamente idóneo, de alguna anticuada manera, en la combinación de ese casco con la larga, oscura, desplegada barba, en medio de todos aquellos prusianos bien rasurados. Como para hacer juego con la larga, oscura, desplegada barba, llevaba un largo, oscuro, desplegado manto, azul con una restallante estrella de la más elevada Orden Real; y bajo el manto azul vestía uniforme negro. Aunque germano donde los hubiera, era de una muy diferente tipología de germano; y algo en su rostro orgulloso pero soñador corroboraba la leyenda de que la única verdadera pasión de su vida era la música.

A decir verdad, el austero Grock creyó poder vincular con esa remota excentricidad el, para él, asaz fastidioso y exasperante hecho de que el Príncipe no cumpliera inmediatamente el debido protocolo de pasar revista a la tropa, formada ya en todo el laberíntico orden prescrito por la etiqueta marcial de su nación, sino que impacientemente procediera a abordar la cuestión que Grock deseaba eludir: la cuestión de ese polaco intolerable, su popularidad y su amenaza; pues el Príncipe había oído entonar algunos cantos de este sujeto en auditorios de toda Europa.

—Es una locura pensar en ejecutar a un hombre tal —dijo el Príncipe, adusto bajo su casco negro—. No es un pola-

co cualquiera. Es una institución en toda Europa. Sería llorado y mitificado por nuestros aliados, por nuestros simpatizantes, por nuestros mismísimos compatriotas. ¿Aspira usted a ser como las mujeres dementes que asesinaron a Orfeo?

—Alteza —dijo el mariscal—, sería llorado... pero estaría muerto. Sería mitificado... pero estaría muerto. De todas las acciones que planea realizar, no podría realizar ni una sola. Todas las acciones que actualmente realiza, cesaría de realizarlas para siempre. La muerte es un hecho irrefutable, y a mí me gustan los hechos.

—¿No sabe usted nada de lo que es el mundo? —demandó el Príncipe.

—Nada me preocupa el mundo —contestó Grock— más allá de los lindes de la frontera.

—¡Dios mío —exclamó Su Alteza—, usted habría hecho ahorcar a Goethe por una indisciplina ante Weimar!

—Por la seguridad de su Casa Real —anunció Grock— yo jamás vacilaría un instante.

Hubo un breve silencio, y abrupta e imperiosamente el Príncipe dijo:

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que no he vacilado un instante —respondió con firmeza el mariscal—. Ya he despachado órdenes para la ejecución de Petrowski.

El Príncipe se irguió cual una gran águila oscura, y el ondear de su manto fue como un batir de enérgicas alas; y todos los circunstantes percibieron que una ira indescriptible lo había trocado en hombre expeditivo. Ni tan siquiera miró a Von Grock: soslayándolo, habló con recia voz al subjefe militar, general Von Voglen, hombre fornido y de cabeza cuadrada, quien había permanecido en un discreto segundo término, inmóvil como una piedra.

—General, ¿quién de su división tiene el mejor caballo?, ¿quién es el mejor jinete?

—Arnold von Schacht tiene un caballo que vencería a cualquiera de los de carreras —respondió con prontitud el general—. Y lo cabalga con tanta destreza como un equitador de hipódromo. Pertenece a los Húsares Blancos.

—Excelente —dijo el Príncipe, con pareja resolución imprevista en la voz—. Que salga enseguida en persecución del soldado que porta esas absurdas órdenes y que lo detenga. Yo le redactaré una autorización que, creo, ni este ínclito mariscal discutiría. Traigan recado de escribir.

Se sentó, replegando el manto, y le trajeron papel y tinta; y escribió tajantemente y rubricó la orden que anularía todas las órdenes anteriores y garantizaría el indulto y la libertad del polaco Petrowski.

Luego, en medio de un silencio de muerte, que el viejo Grock arrostró sin pestañear, cual ídolo pétreo de los tiempos prehistóricos, majestuosamente el Príncipe salió del recinto con su capa y su sable. Estaba tan hondamente disgustado que nadie osó recordarle la formalidad de pasar revista a la tropa. Mas Arnold von Schacht, joven ágil de ensortijados cabellos y aire algo aniñado, pero con más de una medalla en su immaculado uniforme de los Húsares, entrechocó los talones y cogió el escrito del Príncipe; a continuación, sin pérdida de tiempo, subió a su caballo y se internó presuroso en el estrecho camino largo, cual una flecha de plata o una estrella fugaz.

Con despaciosa serenidad el viejo mariscal volvió a su tienda de campaña; con despaciosa serenidad se quitó el casco y los lentes y tornó a dejarlos sobre la mesa. Luego llamó a uno de sus auxiliares de guardia y le ordenó traerle urgentemente al sargento Schwartz, de los Húsares Blancos.

Unos instantes después, se presentaba ante el mariscal un hombre cadavérico y espigado, con la mandíbula surcada por una gran cicatriz, demasiado moreno tratándose de

un germano, como si el tono de su tez hubiera sido oscurecido por años de batallas y humo y tormentas. Hizo la venia y se cuadró, en tanto calmadamente el mariscal alzaba la mirada hacia él. Y aunque era muy vasto el abismo que mediaba entre aquel mariscal del Imperio, que tenía generales a sus órdenes, y aquel sufrido suboficial, lo cierto es que, de todos los hombres que han hablado en este relato, sólo éstos dos se escudriñaron y se comprendieron más allá de las palabras.

—Sargento —dijo el mariscal, escueto—, dos veces ya lo he visto a usted antes de ahora. Una, creo, cuando ganó el primer premio del Ejército en el certamen de tiro al blanco con carabina.

Silencioso, el sargento asintió.

—La otra —continuó Von Grock—, cuando lo procesaron por ejecutar de un tiro a esa estúpida anciana que rehusó informarnos sobre una emboscada. El incidente dio mucho que hablar, aun en nuestros propios círculos. En favor de usted, no obstante, se movilizó una influencia. Mi influencia.

Otra vez el sargento asintió, sin dejar de permanecer silencioso. El mariscal siguió su alocución de un modo distanciado pero chocantemente sincero.

—Su Alteza el Príncipe ha sido malinformado y descaminado en punto a un aspecto esencial de su propia seguridad y de la de la Patria. A instancias de tal tergiversación, acaba de despachar una temeraria orden para que pongan en libertad al polaco Petrowski, que debería ser ejecutado esta noche. Repito: que debería ser ejecutado esta noche. Al punto usted ha de salir en pos de Von Schacht, que es quien porta la orden de indulto, e interceptarlo.

—Muy difícil me será darle alcance, mi mariscal —dijo el sargento Schwartz—. Monta el caballo más veloz del regimiento y es un consumado jinete.

—No he dicho que le dé alcance. He ordenado que lo intercepte —declaró Grock. Luego habló más despacio—: